

Aurelio González

UNA HISTORIA EN IMÁGENES

TRABAJADORES Y ESTUDIANTES

1960 ~ 1973

alter  ediciones

Montevideo, marzo de 2021

Si me lo permiten, quisiera dedicárselo a ustedes, trabajadores y estudiantes.

Sin su entrega y coraje este libro no hubiese sido posible.

Ahí están ustedes, son sus imágenes.



Tabla de contenidos

6 / INTRODUCCIÓN

11 / 1960-1967. LA UNIDAD Y LA SOLIDARIDAD

87 / 1968-1972. EL ARRIBA NERVIOSO Y EL ABAJO QUE SE MUEVE

179 / 1973. EL GOLPE Y LA HUELGA GENERAL

249 / AURELIO GONZÁLEZ

Introducción

Desocupado lector: sin juramento me podrás creer que quisiera que este libro, como hijo del entendimiento, fuera el más hermoso, el más gallardo y más discreto que pudiera imaginarte.

Miguel de Cervantes Saavedra acerca de su obra magna,
El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha

En el Lapido también resurgió un ave fénix

Caro lector... ¿Lector? No sé cómo definir a las personas que adquirirán este libro, pues más que lectura encontrarán en él una historia en imágenes. No es una vieja historia. Es y se trata nada más y nada menos de lo que nos ocurrió a nosotros en los años 1957, 1958 hasta julio de 1973. Sí, aquí, en Uruguay.

Sin lugar a dudas, muchos al hojearlo no encontrarán cosas y hechos que sucedieron, pero que no fueron incluidos en este libro; seguro será así. Y, por supuesto, tiene su explicación: o bien mi propia incapacidad, o bien mi poca experiencia en estos menesteres. También es posible que los negativos de esos acontecimientos no los tengamos con nosotros: son miles los que aún no han aparecido, aunque pudimos rescatar más de cincuenta y siete mil que estuvieron extraviados por más de treinta y tres años. Para ser más exactos: treinta y tres años y ocho meses.

Estimado lector: le adelanto que esta es una historia con un final feliz. Fíjese que este archivo del diario *El Popular* fue escondido en el edificio Lapido, en 18 de Julio y Río Branco (lugar donde se editaba el diario), el 6 de julio de 1973, en un oscuro pasadizo entre el primer y el segundo piso, y fue hallado en ese mismo edificio el 31 de enero de 2006.

Tuvo algo de mágico, mucho de sorprendente, yo diría que es hijo de la solidaridad, aunque, más que ninguna otra cosa, lo que primó fue la firme voluntad de buscarlo y nunca haberlo dado por perdido.

Pero en toda esta historia maravillosa tuvo mucho que ver Quique, joven formidable que con sus pocos años, doce o trece, después de ayudar a su padre y empleados a acondicionar lo que sería luego un estacionamiento de autos, se iba por vericuetos oscuros, con cierto encanto por descubrir

en esos lugares que se le antojaban misteriosos un no sé qué que le hacía sentir cosquillas en su infantil barriga.

Él, este muchacho inquieto, fue el primero en encontrar una de las latas; en otras recorridas supo dónde había decenas de ellas. Allí quedaron, no olvidadas, pero allí quedaron. El lugar era, hasta para un muchacho travieso como él, de muy difícil acceso.

Pasaron los años, Quique creció. Quizá ya no era tan travieso, pero nadie puede negar su altruismo y generosidad. ¿Qué más puedo decir de él? Sin Quique quizá hubieran pasado muchos más años antes de que aparecieran los negativos.

Les quiero contar algo: este archivo de nuestro querido diario no lo hallamos en el entresuelo donde lo dejé aquel 6 de julio de 1973. No, alguien lo había encontrado allí antes. ¿Quién? No sé, pero si hubo escombros, ladrillos, mezcla, cuchara, maceta y cortafierro, ahí tuvo mucho que ver algún o algunos obreros de la construcción.

Él o ellos lo encontraron. Cuando al llegar al final de ese estrecho y oscuro túnel vieron un monte de latas superpuestas y en cierto orden, habrán pensado que no era algo tirado así nomás; a las claras se veía que eso había sido escondido prolijamente por alguien. ¿Qué cosa esconderían esas latas? ¿Qué tesoro o secreto encerrarían? Me quiero imaginar a ese o esos hombres cuando al tomarlas en sus manos las latas pesaban, al zarandearlas sonaban, al abrirlas... Bueno, al abrirlas sus ojos incrédulos quizá —y sin quizá— se habrán desilusionado. No había monedas de

oro ni había joyas, no era un tesoro. Vaya usted a saber qué era esa masa oscura que al dar vuelta la lata se desparramó sin ruido como si fueran plumas...

¡Increíble! No lo habrán podido creer. ¡Eran negativos! ¡Montones de negativos! A la luz del farol que forzosamente tenían que haber llevado para trabajar en ese lugar de sombra, polvo y silencio, con sorpresa habrán reconocido rostros y cosas que no hacía tanto tiempo eran cotidianas. En esas latas llenas de historia había jóvenes muy jóvenes ocupando centros de enseñanza cuyas puertas, ventanas y paredes estaban agujereadas por balas policiales o de la Juventud Uruguaya de Pie (JUP). Allí, esos trabajadores de la construcción se encontraron con su propio gremio, el Sindicato Único Nacional de la Construcción y Anexos (SUNCA), o bien en multitudinarias asambleas o en una interminable hilera de camiones, camino al Palacio Legislativo.

Tampoco faltaba la fachada del edificio central de la Universidad de la República con un gran pizarrón abarrotado de flores y con una sola inscripción: «Silencio». Ese día habían matado a Líber Arce.

En esas latas se veían fábricas y obras en plena labor o con grandes carteles que denunciaban despidos o arbitrariedades. Ahí estaba también el querido compañero Ismael Weinberger, responsable de la página sindical de *El Popular*, reportando a dirigentes del gremio de la carne; luego estaría preso por más de siete años en el penal de Libertad, por lo que fue y por lo que hizo en la dura clandestinidad.

No faltaban las fotos de la Guardia Republicana a caballo, sable en mano y carabina a la espalda.

También aparecían en esos fotogramas las valientes textiles, bajo lluvia y un mar de paraguas multicolores, reclamando trabajo y reapertura de fábricas cerradas.

Y más, y más, y más... Sí, encontraron de todo lo que había o se movía en aquel Uruguay que, a brazo partido, defendía sus conquistas logradas en duras luchas.

Estoy seguro de que después de acomodar en su cerebro tamaño sorpresa intuyeron de qué se trataba todo aquello, supieron qué material era ese y qué valor tenía. Lo escondieron, lo protegieron y, en vez de entregarlo, lo hicieron desaparecer pensando que algún día podría ser rescatado.

Es claro que estos hombres de andamios y cimientos no tenían la menor idea de la fragilidad de ese material ni de todos los problemas que le acarrea el excesivo calor, el polvo y la más que destructora humedad. Es cierto que los negativos estaban dentro de unas latas, hasta con tapa. Es posible que hayan pensado que eso era suficiente para que permanecieran ocultos sin peligro de deterioro.

Y aparecieron. Como les cuento: aparecieron. Pero no en un lugar cualquiera. Fue... de película, increíble. Y, para peor —y también para mejor—, en un lugar de difícil acceso. Estaban en un ducto de ventilación que llegaba al subsuelo del emblemático edificio. Justo ahí fue donde años después las descubrió Quique: fue él quien nos guió y nos ayudó en la apasionante historia del rescate.

Esas latas cargadas de historia hicieron un recorrido de treinta o cuarenta metros en caída libre, y allá abajo, entre escombros, polvo, humedad, frío o intenso calor, estuvieron por años.

Para qué seguir contándoles estas cosas que tienen bastante de cinematográficas... Pero además esto tiene un plus: son muy pocos los ejemplos de algo similar que haya ocurrido en el mundo.

Sinceramente, lector amigo, pensé que esta introducción la debería haber escrito alguien que supiera de letras y que tuviera una buena redacción. O alguien que podría haber sido un dirigente sindical de la época. O, por qué no, un politólogo que con su sapiencia y oficio supiera desmenuzar en estas imágenes lo que fueron aquellos años..., nada fáciles, nada fáciles.

Pero lo bueno y lo positivo es que fueron años intensos, de movilización, de creación, durante los cuales sindicatos y sociedad, involucrando a miles de voluntades, fueron capaces de crear las condiciones para que existiera y se realizara el multitudinario primer Congreso del Pueblo. Y ahí, sobre la marcha, nació la Convención Nacional de Trabajadores (CNT), hoy PIT-CNT.

Claro, también lo podría haber escrito un político, algún diputado o senador. Sí, un político de aquel entonces, con años de cámaras, de polémicas reñidas, que en su legislar cotidiano dentro de ese palacio de las leyes más de una vez haya tenido que asomarse a ventanas y puertas para ver, entre carteles y con el estruendo de bocinazos de ómnibus del transporte colectivo, a miles de obreros, jubilados, inquilinos desalojados o a punto de serlo, funcionarios del Estado, municipales y trabajadores de los entes, a maestros y profesores cercando ese edificio de leyes y debates.

En esa explanada del palacio no faltaron los universitarios, que montaron aulas en plena vía pública, con alegría e ingenio. Lo hicieron a los cuatro vientos y a pleno

sol, con frío y hasta con lluvia. Cualquiera que pasara por ese lugar veía con asombro a profesoras y profesores prestigiosos dando clase, protegiéndose con paraguas o pedazos de nailon, en reclamo de un presupuesto justo para la enseñanza. Ese era el Uruguay. Combativo, politizado, antiimperialista, solidario con los pueblos que luchaban por libertad y justicia. Solidario con la revolución triunfante de Cuba y el heroico pueblo de Vietnam. Solidario con los perseguidos por dictaduras feroces. Solidario con otros gremios, con su clase.

Los legisladores vieron, primero con sorpresa y más tarde con preocupación, que a todos aquellos reclamos en el Parlamento se les agregó algo nuevo: la venida de ese otro Uruguay, el siempre olvidado, el de los trabajadores del interior. Pero no venían en ómnibus o en camiones: lo hacían a pie, caminando centenares de quilómetros.

Los textiles llegaban desde Juan Lacaze, Paysandú o Colonia. Los obreros de la carne, desde Fray Bentos, Paysandú o Salto. Los *peludos* de la remolacha, desde Guichón y toda la zona remolachera. Los bravos y tenaces *peludos* (trabajadores de la caña), desde allá, en la frontera más lejana, Bella Unión. También llegaron los portuarios del litoral, que siendo gentes de ríos, embarcaciones y grúas se tuvieron que convertir en caminantes de sus reclamos. O los pequeños y medianos productores de leche y papas, que arribaron en camiones y ómnibus por doquier, y protagonizaron una dramática huelga de hambre. Eran mujeres y hombres, jóvenes y no tan jóvenes, que se hacían presentes para reclamar por sus fuentes de trabajo, por sus salarios y por justas reivindicaciones. Así venían, ja pata!, exhibiendo coraje y dignidad, con sus pies heridos como

consecuencia de las largas caminatas, sus rostros quemados por el achicharrante sol o las duras heladas.

Sí, pensándolo bien, quien escribiera este texto podría haber sido un político. Pero —no sé la causa— en un *redente* me dije: «Esta historia en imágenes la tendría que escribir la gente... ¡Sí, la gente!».

Me pregunté: ¿por qué no los trabajadores del metal o de la construcción?; ¿por qué no las obreras y los obreros de los frigoríficos?; ¿por qué no las alegres, bonitas y combativas textiles? O los esforzados hombres de la mar. O los valientes y jóvenes universitarios. O las maestras y maestros de guardapolvos blancos. O la gente de la salud. O los jovencísimos liceales, expertos y verdaderos maestros en movilizaciones y ocupaciones. ¿Por qué no los troperos de a caballo y poncho? O la gente de las duras canteras de piedra o cal. O los sufridos ladrilleros. O los trabajadores del petróleo o del agua.

Es muy posible que esta historia tenga algo de Ave Fénix. No tengo dudas de que muy bien la hubiesen podido contar las mujeres y los hombres protagonistas del hecho más trascendente del siglo pasado. Me refiero a las trabajadoras y trabajadores, a los estudiantes, muchachas y muchachos que el 27 de junio de 1973 declararon la huelga general contra el golpe fascista cívico-militar, con ocupación de fábricas y centros de estudio, al grito de «obrero y estudiante, unidos y adelante».

Caros lectores, otra vez no sé qué decirles, pero les aseguro que lo aquí mal hilvanado me fue sugerido desde el alma de la gente, los que trabajan, desde el alma de los suburbios más alejados y de los barrios humildes.

Aurelio González

1960-1967

LA UNIDAD Y LA SOLIDARIDAD





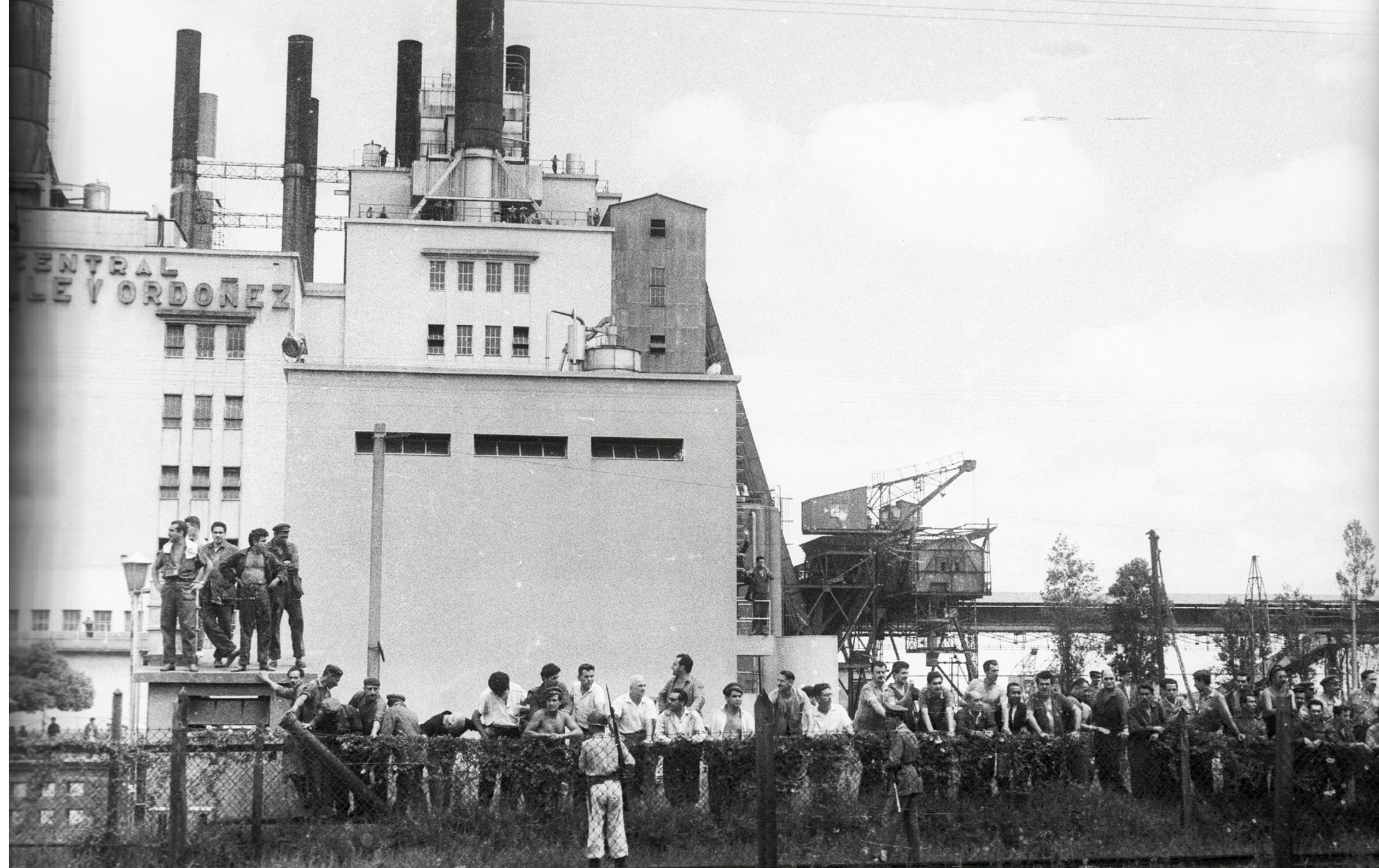
* Represión contra los estudiantes de Facultad de Medicina, durante actividades de protesta en contra de la visita de mandatarios extranjeros y por la ruptura de relaciones con Cuba, 1962-1964.





DESDE PÁGINA ANTERIOR

* Marcha a Punta del Este contra el programa Alianza para el progreso y en apoyo a Cuba, convocada por organizaciones juveniles de izquierda, en el marco de la realización de la Conferencia de Cancilleres de la OEA. Enero de 1962.



* Obreros de UTE en las instalaciones de la central Battle, ante la ocupación de esta última por el Ejército. Febrero de 1963.

